



L. C.
132

NUEVO Y CURIOSO ROMANCE
DEL
CHASCO DEL CARBONERO
ó

EL CAMBIO DE CALZONES POR ALFORJAS.

*En el cual se refiere el paso que le sucedió á un carbonero,
que por darle sus propias alforjas, le dieron un par de
calzones; y además por la industria de una vieja aun dió
la mitad del dinero que sacó del carbon;
con lo demas que verá el curioso.*

Todo casado me escuche,
todo viudo se suspenda,
todos los mozos y niños
les suplico que me atiendan;
que miren con quien se casan,
que no se fien de viejas,
de mozas ni de casadas,
ni de viudas zalameras,
ni tampoco de beatas,

ni de las niñas pequeñas,
porque aquel que se fiare
le saldrá muy mal la cuenta;
y si me dan atencion
esplicaré con presteza
lo que las mugeres son,
manifestando sus tretas,
sus chismes y sus enredos,
sus marañas y cautelas;

dando principio al asunto,
 comenzaré por las viejas.
 Estas por lo regular
 la mitad son alcahuetas,
 llevando chismes y enredos,
 poniendo donde hay paz guerra.
 El argumento está claro,
 pues se ve por la experiencia
 que en cualquier parte del mundo,
 ciudad, villa, casa ó venta,
 que por desdicha ó desgracia
 llegáre á entrar una vieja,
 meterá tanta cizaña
 como metió Anabolena
 con el cardenal Bolsedo
 cuando perdió á Inglaterra.
 Al amo de casa dicen,
 su esposa á usted se la pega,
 pues pronto le hará que lleve
 de san Marcos la bandera;
 y pasar por Carca-Buey,
 é ir al rastro por madera:
 y tambien que á san Cornelio
 mucha devocion le tenga.
 El buen hombre le responde:
 diga usted, señora vieja,
 ¿qué ha visto usted en mi muger,
 pues dice que me la pega?
 Y la espía del demonio
 de la condenada vieja,
 dice: el otro dia ví
 que se entró un hombre con ella,
 se encerraron en un cuarto,
 se estuvieron hora y media;
 lo que hicieron, no lo sé,
 pero bien se manifiesta,
 que estándose alli cerrados,

no harian obras de iglesia.
 El marido, enfurecido,
 dando crédito á la vieja,
 va, y le dice á su muger,
 pícara, vil, mala hembra,
 ¿cómo has tenido valor,
 pues con los hombres te encierras,
 quitándome á mí el honor,
 siendo tú vil adultera?
 Sin aguardar mas razones
 una paliza le pega.
 La pobre muger llorando,
 por ser cosa tan incierta,
 le dice: ¿quién te ha contado
 mentiras tan manifiestas?
 El replica, quien te vió,
 que fue la tia Lucrecia,
 que esta es muger de verdad,
 pues tiene ya años ochenta,
 y me parece una santa,
 pues siempre el rosario reza.
 Y la muger le responde:
 pues si yo á ella creyera,
 ¿cómo estaria esta casa?
 jamas faltaria guerra:
 el otro dia me dijo,
 que te éntaste con la Pepa
 en su casa, y que alli
 tuviste buena merienda,
 y que despues de comer
 tambien dormisteis la siesta;
 que hicisteis un no sé qué,
 entiéndalo quien lo entienda;
 pero yo no lo creí,
 porque sé bien quien es ella;
 y si hemos de tener paz
 nunca te creas de viejas,

porque la que no es borracha,
 á lo menos alcahueta;
 otras brujas rematadas,
 y muy pocas hay de buenas.
 Y para que nadie ignore
 las astucias de las viejas,
 les voy á contar un chiste,
 que es digno de que se sepa,
 que sucedió á un carbonero
 en el lugar de Estibella,
 cuatro leguas poco mas
 de la ciudad de Valencia.
 Este tal era casado
 con una jóven muy bella,
 la tal tenia un cortejo,
 que siempre que se iba fuera
 tenia grande cuidado
 de irse á dormir con ella.
 Sucedió que el carbonero
 tenia que ir á Valencia,
 pues le era cosa precisa
 para despachar su hacienda;
 y le dijo á su muger:
 amada y querida prenda,
 mañana por la mañana,
 á eso de la una y media
 tengo de cargar los machos
 de carbon para Valencia,
 y me tendrás prevenida
 la alforja con diligencia
 de cebada, pan y vino,
 y algunas otras cosuelas
 que me las quiero llevar,
 porque dentro de Valencia
 está muy caro el comercio,
 y cuesta alguna moneda.
 La muger le respondió:

haré cuanto tú me ordenas;
 y al mismo tiempo tambien
 á su amante le dió cuenta
 como se iba su marido,
 y así que el tiempo no pierda,
 que será muy de mañana,
 y por tanto que esté alerta.
 Llegó la hora señalada,
 y la muger que está en vela,
 á su marido le dijo:
 mira que es la una y media,
 ya te puedes levantar
 y marchar á toda priesa,
 porque entre ir y venir
 tienes hoy que andar diez leguas:
 con la prisa que llevaba,
 se fue, y la alforja se deja.
 Dejemos al carbonero
 andando para Valencia,
 y vamos á la muger
 á ver del modo que queda,
 que luego vino el barbero
 (el cual era el cortejo de ella)
 y se subieron arriba,
 cerrando muy bien la puerta.
 Se desnudan de sus ropas,
 y en la cama se acuestan,
 hablándose con cariño,
 diciéndose mil ternezas:
 estando en estos requiebros
 oyen llamar á la puerta;
 la muger se levantó,
 vistiéndose á toda priesa,
 y se asomó á la ventana,
 por ver y saber quien era;
 y respondió el carbonero,
 corre, baja, abre la puerta

para subir á buscar
 las alforjas, que me quedan
 en este poyo, que está
 al lado la chimenea;
 y la muger asustada,
 le dice de esta manera:
 no tienes tú que subir,
 yo las sacaré allá fuera;
 y sin detenerse un punto,
 ni encender la luz siquiera,
 fue tentando por allí;
 (aquí pido que me atiendan,
 pues por cojer las alforjas,
 unos calzones le entrega
 del barbero, que en su cama
 durmiendo estaba con ella)
 se los entregó al marido,
 y volvió á cerrar la puerta,
 subiéndose para arriba,
 quedándose muy contenta,
 y al lado de su galán
 la segunda vez se acuesta.
 Lo que pasó entre los dos
 solo en silencio se queda;
 pero bien se deja ver,
 y así sigamos la letra.
 Volvamos al carbonero,
 que siguiendo su carrera,
 apenas había andado
 como cosa de tres leguas,
 era ya de día claro,
 llegó al lado de unas ventas
 que se llaman de Puzòl,
 que están en la carretera;
 dijo el buen hombre entre sí,
 voy á almorzar con presteza;
 se fue á sacar las alforjas,

y unos calzones encuentra:
 (aquí es cuando el carbonero
 se le apuró la paciencia)
 y dijo: válgame Dios!
 que aquesto á mí me suceda!
 y mas cuando conoció
 que aquellos calzones eran
 del barbero del lugar;
 escupe, araña y pateo,
 y jura que ha de vengar
 infamia tan clara y cierta;
 y se quería volver,
 pero luego considera
 que vengaría su agravio
 á la noche venidera:
 y prosiguiendo su viaje
 á la ciudad de Valencia;
 lo que este hombre pasó
 con sus sustos y sospechas,
 y todos sus sobresaltos,
 lo puede notar cualquiera.
 Dejémoslo por ahora,
 hasta que vuelva á Estibella;
 y vamos á la muger,
 que apenas que se despierta,
 se levantó á encender lumbre,
 y en las alforjas tropieza:
 aquí fueron los suspiros,
 los lamentos y las penas
 de aquella infeliz muger,
 que casi hasta el cielo llegan:
 con los gritos que ella daba
 el barbero se despierta,
 diciéndola enternecido,
 qué tienes, querida prenda!
 dime, qué te ha sucedido!
 comunícame tu pena:

y le respondió llorando:
 ay, que seré descubierta!
 que esta mañana al marido,
 cuando llamaba á la puerta,
 pensé darle las alforjas,
 y tus calzones se lleva!
 el barbero le responde,
 ya la hemos hecho buena;
 no podias conocer
 (pues que bien se diferencian)
 las alforjas de calzones;
 cómo estaba tu cabeza?
 Lo que mas siente el barbero,
 y le causa mayor pena,
 el no haber llevado capa,
 y haber de salir en piernas,
 y tener que ir á afeitar
 los parroquianos por fuerza,
 y no tener mas calzones,
 ni alli, ni en su casa mesma,
 que los que el carbonero
 se le ha llevado á Valencia.
 Aquí suspirando dice,
 cuando mi muger lo sepa
 que he perdido los calzones,
 qué buen dia se me espera!
 y toda la culpa tiene
 solo tu mala cabeza.
 La muger del carbonero
 responde de esta manera:
 bien la tienes mejor tú;
 asi no te conociera,
 que no me veria ahora
 tan oprimida y suspensa,
 tan llena de confusiones,
 y tan cercada de penas.
 Y lo que hasta entonces fue

alegría y complacencia,
 se ha convertido en pesares,
 sustos, discordias y penas,
 tanto, que al barbero dijo
 la señora carbonera,
 sálteme luego de casa,
 váyase la puerta afuera;
 y si no tiene calzones,
 búsqueselos donde quiera:
 entonces se fue el barbero,
 y ella llorando se queda.
 Dejemos á la muger
 lamentándose en sus penas,
 y vamos al Cirujano,
 que apenas sale á la puerta,
 encontróse unos muchachos,
 que estos iban á la escuela,
 y al instante que lo vieron,
 pensaron que loco era,
 y hasta meterse en su casa
 fueron tirándole piedras,
 y como iba sin calzones
 no habló palabra ni media,
 sino escapar á correr,
 porque no lo conocieran:
 en fin, se metió en su casa
 sin que su muger lo viera,
 y acostándose en su cama
 herido de la cabeza,
 de la grande tempestad,
 y la abundancia de piedras
 que le habian tirado
 los muchachos de la escuela.
 A este tiempo la muger
 que venia de la iglesia,
 cuando lo vió sin calzones,
 presumiéndose lo que era,



en cuenta de consolarlo,
 fue, y se le agarró á las greñas;
 creyó que para esquilarle
 no eran menester tijeras,
 porque le dejó sin pelo,
 y le arrancó las melenas:
 aquí si que eran de ver
 los llantos y las miserias
 del infeliz cirujano,
 pues tantos males le cercan;
 dejémoslo por ahora,
 curándose la cabeza,
 y vamos á la muger
 que desesperada queda,
 amargamente llorando,
 no hay consuelo para ella;
 á cuyo tiempo por lumbre
 á su casa entró una vieja,
 y viéndola que lloraba,
 le dice de esta manera:
 dime, ¿qué te ha sucedido
 que lloras y te lamentas?
 Y la muger le responde,
 con un ay que al alma llega,
 aunque yo á usted se lo diga,
 no me aliviará mi pena;
 por fiarme del barbero
 me veo de esta manera,
 muy triste y desconsolada.
 Entonces dijo la vieja:
 dime, qué te ha sucedido?
 no lo calles por vergüenza,
 comunícamelo todo;
 haz cuenta que te confiesas,
 que te tengo de amparar,
 eso corre por mi cuenta;
 pues aun no sabes tú

las astucias de las viejas.
 Algun tanto consolada,
 respondió la carbonera:
 en el supuesto que dice
 de que corre por su cuenta
 el que usted me ayudará,
 le contaré mi flaqueza.
 Ayer dijo mi marido
 que habia de ir á Valencia,
 y tenia que madrugar
 á eso de la una y media,
 y al mismo tiempo me dijo,
 ten las alforjas compuestas:
 viendo tan buena ocasion
 al barbero le dí cuenta
 como se iria el marido,
 y así que tiempo no pierda,
 que se irá muy de mañana,
 y por tanto que esté alerta:
 cuando esto supo el barbero,
 vino como una centella,
 se metió dentro mi casa,
 cerramos muy bien la puerta,
 y nos fuimos á acostar,
 á cuyo tiempo que llega
 mi marido apresurado,
 dando golpes á la puerta,
 diciendo que le bajara
 la alforja con diligencia;
 y yo medio apresurada
 comencé á tentar por tierra,
 y hallándome unos calzones,
 que estos del barbero eran,
 y se los saqué corriendo
 pensando que alforjas eran,
 y los llevó mi marido;
 esta es mi fatal tragedia.

A lo que la muger dijo
 estuvo atenta la vieja,
 y con un grande suspiro
 respondió de esta manera:
 amiga la mas amiga,
 no pensé que tanto era,
 y así es preciso tener
 una consulta de viejas,
 para aplicar el mejor
 remedio que nos convenga.
 Vamos á que se juntaron
 seis ó siete las mas viejas
 que habia en todo el lugar,
 y consultaron entre ellas
 como que el mejor remedio
 era ir y mercar tela
 para hacer unos calzones
 y ponerselos la vieja,
 de la misma calidad
 que los del barbero eran:
 esto es lo que salió
 de la consulta de viejas.
 Llamaron al punto un sastre,
 que viniera á toda priesa,
 y que hiciera unos calzones
 de la referida tela.
 Así que estuvieron hechos
 fue y se los puso la vieja,
 fue á casa del carbonero,
 hilando con una rueca,
 se subió á la cocina,
 y sentóse muy compuesta,
 arremangose las sayas,
 y toda su intencion era
 el enseñar los calzones
 cuando el carbonero venga:
 no se tardó mucho rato,

cuando este buen hombre llega
 con una cara peor
 que aquellos que niegan deudas;
 y le dijo á la muger:
 pícara, vil, muger necia,
 hoy has de morir aquí
 si el cielo no lo remedia,
 y vengaré yo mi agravio
 de toda tu vil torpeza,
 los calzones son testigos
 como eres tan vil ramera,
 pues siempre que yo me voy
 el barbero me la pega.
 Sin aguardar mas razones
 se fue corriendo tras ella,
 subiéndose á la cocina,
 en donde estaba la vieja
 con sus sayas remangadas
 como referido queda:
 y viéndola el carbonero,
 le dijo de esta manera:
 ¿cómo es que lleva calzones,
 dígame, señora vieja?
 y la vieja le responde:
 tu muger tambien los lleva;
 en un día los hicimos
 las dos de una misma tela,
 y tambien el cirujano
 de aquesto mismo los lleva.
 Cuando el carbonero oyó
 lo que le dijo la vieja,
 pensó que aquellas palabras
 del santo Evangelio eran,
 y arrepentido eutre sí,
 decia de esta manera:
 san Abdon y san Senen
 habrán traído esta vieja,

porque no permitirán
 de que mi casa se pierda;
 pues es cierto que si no
 por aquesta buena vieja
 yo mataba á mi muger,
 y al tal barbero con ella,
 es cierto, evidente y claro
 que la habria hecho buena.
 Entonces el carbonero
 se volvió para la vieja,
 y le dijo, tome usted
 la mitad de mi moneda
 que he sacado del carbon;
 perdone por la pobreza:

y al mismo tiempo tambien
 le dijo á su muger mesma,
 que le pedia perdon
 de aquella tan grande ofensa:
 con que se cumplió el adagio,
 tras de cuernos penitencia.
 Con esto han visto, señores,
 los enredos de las viejas;
 ¿qué de perjuicios no causan
 en las casas que ellas entran?
 Y con esto el autor pide
 á todos cuantos lo lean,
 que para ningun asunto
 jamas se fien de viejas.

FIN.

VALENCIA:

Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18, donde se hallarán otros diferentes.